

3 Trilogía de Santa Manuela

SYLVIA HERRERO

Tienes una cita



 Planeta

Sylvia Herrero

Tienes una cita

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sylvia Herrero, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2020
Depósito legal: B. 10.051-2020
ISBN: 978-84-08-22790-8
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO 1

ROMPER LA PECERA

—Si estás haciendo algo, déjalo.

Nacho Costa era uno de esos jefes a los que unos días quieres abrazar, y otros odias con toda tu alma. Para la periodista Sofía Belsué, aquel era de los segundos. Ver su nombre en la pantalla del móvil la había puesto de mal humor.

—¿Qué pasa? —contestó con cierto fastidio.

—Tienes una cita.

La chica miró la interfaz del ordenador. El reloj digital que aparecía en una esquina marcaba las ocho y media de la tarde. La redacción del diario *El Global* estaba en plena ebullición. Lo estaría durante varias horas más. El cierre de edición no llegaría hasta pasada la medianoche y, entretanto, los redactores trabajaban la información de última hora y el material que habían ido consiguiendo durante el día.

—Un poco tarde, ¿no? —dijo con indisimulado malestar.

La cita que le interesaba a la periodista ya debía haber acabado. Tres días atrás, había llegado al periódico la convocatoria para la exclusiva rueda de prensa de presentación de la quinta temporada de *Hazel Road*. La serie era todo un fenómeno televisivo mundial. Tanto que, para evitar a los curiosos, la productora había decidido limitar el acceso al acto a un puñado de medios. *El Global* estaba entre los seleccionados. Por algo era uno de los periódicos más importantes del país. Sofía acostumbraba a cubrir ese tipo de actos, pero cuando fue a acreditarse aquella mañana se encontró con

que ya lo había hecho el jefe de su sección. Nacho había asistido en su lugar.

—¿Te gusta o no te gusta *Hazel Road*?

—¿Ahora te importa que me guste? —contestó dejando traslucir su enfado sin filtros.

Hazel Road reflejaba el día a día de una urbanización en la ribera del río Hudson. El estado de Nueva York era el escenario de fondo en el que los propietarios enredaban y desenredaban sus vidas. Eran profesionales treintañeros: guapos, con dinero y casas a la última. Los foros de aficionados a la decoración contaban con cientos de referencias a las composiciones que aparecían en pantalla. Dictaban tendencia. Y no solo eso. Las conversaciones de cafetería giraban en torno a lo que acontecía en cada entrega semanal, así que era preferible ver el episodio durante la emisión de estreno para no quedarse descolgado.

Sofía adoraba aquella espiral de amores y desencuentros, pero, sobre todo, al actor Paul Frost, el protagonista. Muchas noches de domingo las había pasado con un bol de helado entre las manos siguiendo los pasos del doctor Warren. Aquel día su oportunidad de tenerlo a unos metros se había esfumado. No pretendía ni saltarle al cuello ni pedirle un autógrafo. No era su estilo, pero sí le hubiera gustado hacerse una idea de su altura. De su porte. Saber cómo vestía, descubrir su carácter y, sobre todo, algo más personal: levantar la mano, hacerle una pregunta, cruzar miradas un instante y poder guardar ese recuerdo para sí. Pero nada de eso había sido posible desde el momento en el que Nacho había ocupado incomprensiblemente la plaza correspondiente al periódico. Especialmente, cuando él no solía acudir a ese tipo de actos.

—¡Oye, no seas rencorosa! Conozco al productor y he ido por compromiso —se justificó él imaginando el disgusto de su compañera.

—¡Pues me has partido por la mitad con tu compromiso!

«Hace diez años que no vas a una rueda de prensa y tenías que ir a esta precisamente».

—Quita la cara de hidra que estás poniendo porque te voy a compensar.

—¡A ver! —ironizó Sofía apoyándose en el respaldo de su sillón.

—Por lo pronto, levántate y acércate a mi mesa.

Aquello la había pillado a contrapié. «¿Y este qué quiere que haga allí?».

—¿Perdona?

—Haz lo que diiigo... —pidió en tono paternalista.

—Oye, que voy a ir de verdad, ¿eh?

—¡De eso se trata! Y llévate tus cosas.

Sofía adoraba las sorpresas, con lo que le costó poco desarrugar la nariz, cambiar de planes y unirse al juego.

—Venga, voy —anunció con voz rumbosa.

—No te olvides el bolso, ¿eh?

Lo siguiente que escuchó Nacho fue el sonido del ordenador apagándose y unos tacones camino de su despacho.

—Estoy dentro —dijo visiblemente más animada.

—Pues abre el armario y coge el equipo fotográfico. Las baterías están cargadas, tranquila.

Sofía colocó el móvil entre su hombro y su mejilla mientras alargaba el brazo para acceder a la bolsa.

—¡La tengo! Ahora ¿qué?

—Ahora sales y caminas en dirección al restaurante Puerto Viejo.

—¿Al Puerto Viejo? ¿Quieres que me pula la extra o qué?

—Tú ve.

La periodista salió del vetusto edificio minutos después de las nueve menos veinte. Refrescaba, como venía haciendo en los últimos días de aquel mes de octubre, y sobre su imponente camisa blanca solo llevaba un *trench*. Tenía algo más de diez minutos al restaurante y, aunque caminaba a buen paso, se le iban a hacer largos.

—Oye, ¿me vas a decir ya de qué va todo esto?

Al otro lado de la línea se escuchó una risa.

—Esto va de que he estado tomando una caña con el productor de la serie y con Paul Frost. Tienes una entrevista en exclusiva con él. A las nueve. ¿A que ya me odias un poco menos?

Sofía se quedó parada en medio de la acera. ¡¿Había dicho PAUL FROOSTT?!

—¿Me estás diciendo que es él quien va a ir al Puerto Viejo?

—Más bien que debe estar ya esperando. Iba a darse una ducha y se iba directo.

—¿He quedado con Paul Frost?

—Que sííí.

—Oye, no será una broma, ¿no?

—Aunque te cueste creerlo, no soy tan capullo. Y sabes que te aprecio. Sigo. No habla ni una palabra de español, pero con tu nivel de inglés, sin problema. ¡Si me ha entendido a mí...! Lúcete porque tienes la contraportada del domingo. Si no te desmayas, lo puedes hacer muy bien. Nadie conoce como tú la serie y muy pocos escriben con tanto carácter. Quiero que incluyas el estreno de los nuevos capítulos de Hazel Road, me lo pide el productor, pero céntrate sobre todo en hacerle un perfil personal. Su relación con España, su día a día, gustos, aficiones y todas esas cosas que te gustaría saber de él. Mejor ocasión no vas a tener.

—¡Vale! Perfecto —respondió ella en un tono divertido.

—Es majó, no tendrás problemas. Le vas a entrevistar en un reservado del restaurante. Quería ir a cenar, tenía mesa allí y ha aceptado la entrevista con la condición de no tener que cambiar la reserva. Para la foto, desenfocas fondo y haces primer plano. No te compliques. ¿Entendido?

Pero Sofía hacía rato que no entendía nada. Tampoco le importaba. Para ella era suficiente saber que en unos minutos iba a conocer a su actor favorito. «Dios mío... ¡Paul Frost!».

Caminaba con el piloto automático. No sabía si iba muy rápido o muy lento. El concepto *velocidad* se había diluido. Sentía una energía desbordante brotándole del pecho que casi la hacía levitar. Nacho Costa no podía verla, pero la conocía lo suficiente como para imaginarse el huracán que se estaba formando en su interior. «Apenas habla: ya ha puesto la maquinaria en marcha», imaginó él. Tener a Sofía en el equipo era un lujo. Siempre podía contar con ella. Y había llegado la hora de darle su premio.

—No he convocado fotógrafo. Así tendrás al guaperas solo para ti.

—Bueno, para mí y para el mánager...

—Su agente no estará. Frost no necesita niñera.

El actor atravesaba un gran momento profesional. Compaginaba la serie con otros rodajes y se focalizaba en su trabajo. No se le conocía novia alguna. No obstante, resultaba evidente que candidatas para aventuras eventuales no le faltaban. Era uno de los galanes más solicitados del espectro cinematográfico. Su cuenta de Instagram contaba con casi dos millones de seguidores que, día sí y día también, acompañaban sus publicaciones de encendidos comentarios.

—¿Qué más, Nacho?

—Pues poco más. Que la mesa está a mi nombre. Será su pseudónimo.

—Ahí te he visto poco creativo.

—Sí, y ególatra también, para qué negarlo.

—¡Ya te vale!

—Niña, no critiques, que tremendo regalo te acabo de hacer. No sé si eres consciente de que vas a tener para ti sola a uno de los hombres más solicitados del planeta...

Hasta ese momento, Sofía se había centrado únicamente en la entrevista. Arranque, enfoque y desarrollo se iban haciendo hueco entre sus ideas mientras hablaba con Nacho. No se había parado a pensar en la parte personal de aquel encuentro: estrecharle la mano cuando lo saludara, hacerse

una foto, poder charlar dos minutos sobre la serie... Pero Nacho no se refería solo a eso. Tenían la clase de complicidad que surge trabajando juntos doce horas al día y podía permitirse formular comentarios de ese tipo, porque ella también se los hacía a él. Los separaban quince años, pero tenían confianza.

—¿Y qué? Este pesca en mejores caladeros. No soy su tipo.

—Eres el tipo de cualquiera. Seré gay, pero no estoy ciego.

—Nacho, soy una profesional.

—No lo pongo en duda.

—Hago la entrevista, las fotos, y me voy.

—Sé flexible, mujer. Disfruta de tu chulazo. ¡Ah! Y mañana a las cuatro, reunión con Olivares en la sección de Nacional. No sé qué quieren encargarte. Que no se te olvide. Antes de que entres quiero la entrevista de Frost en mi correo.

—Veeenga, adiós...

La chica rio unos instantes mirando la pantalla después de colgar. ¡Qué cosas tenía! ¿Ella y Frost? ¡Imposible! «Y mira que no me vendría mal una alegría...!», pensaba estirando su sonrisa cada vez más. El ritmo que imprimía el periódico le dejaba poco tiempo para relacionarse. Pero había algo más: Sofía era tremendamente selectiva. De ahí que en los últimos tiempos tampoco hubiera mucho que destacar en su parcela amorosa, a pesar de que tenía mucho éxito con los hombres. Su larga y frondosa melena oscura causaba tanta sensación como sus curvas. La combinación de ojos negros y labios carnosos era letal. No obstante, que Paul Frost se interesara por ella era otro nivel. «Además, debe ser buen amante. Esas escenas se le dan muy bien», valoró con picardía mientras recordaba algunos momentos de *Hazel Road*.

«Paul Frost. ¡Madre mía! Esto se lo tengo que contar a las chicas».

Sofía había nacido en Santa Manuela de Val, una locali-

dad en pleno Pirineo. Aunque llevaba en Madrid desde que estudió la carrera, su vida seguía girando en torno a su pueblo. Allí vivían sus padres y sus amigos. Ayyy... Sus amigos. No había recuerdo de la infancia en el que no estuvieran Lola, Florita, Lucho, Lucas, Raquel, Alicia, Cosme y Fran.

Ellos se habían ido emparejando entre sí. Lola se había casado con Lucas unos meses atrás. La suya había sido una boda de las que el valle no iba a olvidar. El desbordamiento del río se había llevado por delante todos los preparativos para el enlace original. La implicación de sus vecinos había conseguido poner en marcha una ceremonia y un banquete alternativos en apenas veinticuatro horas. Por su parte, Fran y Alicia vivían en Londres tras reconciliarse el verano anterior. El suyo era un amor reñido en el que el cariño había terminado pudiendo más que sus complejos caracteres. El Banco Ibérico había contratado a Fran para su sucursal británica. Alicia se había mudado a Londres para poder estar con él. En aquellos días, la firma de abogados de Valencia para la que trabajaba abría sede en la capital del Támesis y Alicia estaba inmersa en el posicionamiento del bufete. Cosme también se trasladó, pero a Santa Manuela. Había nacido en Suiza. Sus padres, naturales del pueblo, habían emigrado a Lucerna décadas atrás y él visitaba el valle en vacaciones. En verano se había instalado en el pueblo para estar con Florita, otra de las chicas del grupo. Ingeniero industrial de éxito, esos días andaba lidiando con varios proyectos y con la reforma de la casa de sus abuelos. Por su parte, Lucho y Raquel llevaban juntos desde la boda de Lola y Lucas. El chico había disfrutado de todo tipo de andanzas amorosas hasta que rindió su proverbial miedo al compromiso a los pies de la higienista dental. En aquel momento, Sofía era la única sin pareja del grupo. Tampoco le importaba. Consideraba que los veintisiete estaban para vivirlos.

A pesar de la distancia, el grupo estaba muy unido. Cuando no hablaban por teléfono, lo hacían por mensajes o video-

conferencia. Así habían conseguido mantener el contacto permanente entre todos y las chicas podían seguir disfrutando de sus eternas charlas. Conocer a Paul Frost era algo que Sofía necesitaba compartir con ellas. Así, sacó el móvil y marcó el número de Alicia. «A ver si la pillo bien». La especialista en Derecho Internacional descolgó dos escaparates después.

—¿Qué pasa?

—Ni te imaginas a quién voy a entrevistar en exclusiva.

Alicia cambió la cara por la sorpresa. Recibió la llamada saliendo de la oficina y estaba caminando hacia la boca del metro.

—¿Lo conozco? —preguntó intrigada la abogada.

—Sííí.

—¿Qué quieres decir con «sííí»?

—Que sabes quién es, pero no lo has visto en persona.

—Eso significa que es... ¿famoso?

—Correcto.

La chica se detuvo en seco. Su amiga había conseguido transmitirle su entusiasmo y estaba empezando a ponerse nerviosa.

—¡Ay, dame una pista! ¡No me dejes así!

—Actor.

—Vale. ¿Cine, teatro, series...?

—Serie. LA SERIE.

Alicia lo tuvo claro: esa solo podía ser *Hazel Road*. Y aquello eran palabras mayores. Sofía siempre había reconocido que Paul Frost era su debilidad. Pero ¿cómo era posible?!

—¿Me estás vacilando, Sofi?

—¡Nooo! —dijo ella sonriendo.

—Estamos hablando de... ¿Frost?!

—Estamos hablando.

Alicia ahogó una exclamación tapándose la boca con la mano. Paul Frost era una estrella internacional.

—¡No me jodas!

—¿Cómo te has quedado? —preguntó Sofía.

—¡Muerta! ¿Paul Frost? ¿En serio?

—Increíble, ¿verdad? Acabo de enterarme.

—¿Vas mona? —quiso saber Alicia.

Nunca hay un modelo lo suficientemente digno de un encuentro con tu ídolo. Sofía estaba segura de ello. Lo sabía porque la noche anterior había estado bastante rato eligiendo qué ponerse para acudir a la presentación. Los taconazos y la falda de tubo negra combinaban bien. Dibujaban con estilo su exuberante silueta. La camisa blanca entallada completaba el conjunto. Eran prendas de confianza. Por ese frente, todo controlado.

—Voy bien.

—¿Te imaginas que te besa?

«Otra».

—¡Qué me va a besar!

—Pues bésalo tú.

—¡Pues tampoco! Y menos con la ropa interior que llevo. Esta mañana iba con prisa y he tirado de las existencias con solera. De las del fondo del cajón, vamos.

—¡Oh, Dios!

—He ido a valores seguros: buscaba comodidad.

—¿En cuánto rato habéis quedado?

Sofía miró la pantalla del móvil. Faltaban nueve minutos. Estaba casi en la puerta.

—¿Alguna tienda de lencería a babor?

La periodista hizo un barrido rápido de los alrededores. Eran casi las nueve de la noche. Todo estaba a punto de cerrar. A unos treinta metros localizó un establecimiento que podía solucionarle la papeleta.

—A estribor, concretamente.

—Pues entra y compra algo.

—Ali, no hay necesidad...

—Como veas, pero luego no llores...

«¿Y si...? Mmm». ¿Realmente era algo tan descabellado

pensar que Paul Frost podía fijarse en ella? Y ahí fue cuando Sofía decidió saltar con red. Cubrirse la espalda.

—Ali...

—¿Qué?

—Sabes que no soy mitómana...

—Lo sé.

—Pero tienes razón. Paul Frost está muuuuy bueno, y si hay la más mínima posibilidad de que termine la noche quitándome la ropa, será mejor que debajo haya algo memorable.

—No te confundas: lo memorable está siempre bajo la ropa interior, pequeño poni, pero corre y cómprate algo, anda.

La chica cruzó rauda la calle y se metió en la tienda en dos zancadas. Afortunadamente, era uno de esos locales de autoservicio que tenían todo el género expuesto a izquierda y derecha. En menos de veinte segundos, Sofía había escaneado las opciones que le ofrecía aquel establecimiento. «Ehhh... ¡El *body* con *plumetti*, venga!». No solía llevar prendas así, pero un día era un día. Se acercó al expositor, buscó su talla, tiró de la percha y pasó rápido al probador. «Seguro que me va pequeño de pecho». No siempre es fácil bregar con una 100B. Entró en un cubículo de apenas un metro cuadrado y corrió la cortina. Puso a Alicia en manos libres y comenzó a quitarse la ropa.

—¡Ya casi estoy! —dijo mientras tiraba de la prenda hacia arriba con dificultad—. ¡Caray, cómo ajusta!

—¿Qué has cogido?

—Un *body* que me está aplastando el bazo.

—¿Con transparencias?

—Sí, ¿por?

—Por curiosidad.

Tres minutos después, Sofía había vuelto al modo teléfono y estaba en la caja mostrándole la etiqueta a la dependiente y tratando de comunicarle que se lo llevaba puesto.

—92 euros, por favor.

La periodista sacó la tarjeta y se la entregó a la chica sin rechistar. «Si total no sé por qué hago esto: ni me va a mirar». Tacleó su pin y salió llevando en la mano la ropa interior que había traído puesta. «A la primera papelera, pero ya». La chica vio el reloj y empezó a correr. Era la hora. Recorrió volando los escasos metros que la separaban del restaurante. En unos segundos, tuvo la puerta a la vista. Había pasado por delante muchas veces y nunca había sentido la mezcla de entusiasmo y nervios que tenía en ese momento. ¿Sería verdad que Paul Frost estaba dentro?

—Estoy enfrente, nena. ¡No me puedo creer que me esté esperando!

—Lo está. Disfruta mucho. Esta es una de esas noches que no se olvidan. Muac.

Las dos amigas se despidieron y Sofía comenzó a escribir un mensaje para las demás amigas. Relató rápido las novedades y tiró fuerte de la puerta que daba acceso al restaurante. «Pesa un quintal».

El Puerto Viejo era uno de esos locales de toda la vida. Un valor seguro. Llevaba treinta años levantando la persiana. La fama de sus pescados era escandalosa. Sus precios, también. Olía a nuevo. Podía adivinarse una reforma reciente. El recibidor estaba forrado de madera. Las listas del suelo ascendían por las paredes otorgando al espacio un toque más moderno del que tenían sus fogones. Al fondo, un atril tras el que había un empleado al que se dirigió Sofía.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿La mesa de Nacho Costa, por favor?

Él sabía perfectamente quién se ocultaba detrás de aquella identidad falsa. Sonrió cómplice y, después de echarle una mirada a la chica, «los hay con suerte», le hizo una seña a Sofía.

—Acompañeme. Es un reservado.

—Gracias.

Estaban acostumbrados a recibir las visitas de primeros espadas en múltiples disciplinas, por lo que sus espacios privados terminaban por aparecer en mil historias del imaginario popular.

El corazón de Sofía empezó a golpear con fuerza. Le dio la impresión de que los comensales que la veían cruzar la sala podían escucharlo. «Tranquila, tranquila, tranquila, por favor. Inspira, espira. Inspira, espira».

Sofía tiró el móvil en el interior del bolso.

—Es aquí, señorita.

—Muchas gracias.

Su acompañante la había dejado a la entrada de una pequeña salita que no tenía puerta de acceso. El dintel estaba cubierto con un biombo. En cuanto lo sobrepasó, vio un sofá barroco y una pequeña mesa delante. A su lado, comenzó a girarse una figura que permanecía de pie y que la esperaba con la misma sonrisa con que la había mirado tantas veces desde la pantalla.

—Sofía, ¿verdad? —dijo en un inglés que a la periodista nunca le había parecido tan melódico.

—¡Sí!

«¡Dioos! ¡Qué bien suena mi nombre con su voz!». Comprobó que era más alto de lo que pensaba. Podía alcanzar con facilidad el metro ochenta y cinco. Sus labios también eran más sonrosados. Más redondos.

—Creo que en España dais dos besos...

—¡Cierto!

Paul se acercó y le posó la mano en la cintura con sutileza, apenas un pequeño roce para apoyar el beso en la cara. Sofía notó el contacto entre cada molécula de los labios del actor y su mejilla. Tenía la piel muy suave, muy hidratada. Usaba un perfume ligero, nada exagerado. Casi imperceptible a distancia.

Se quedaron mirando en silencio. «¡Qué ojazos tiene! No he visto ese tono de azul en mi vida». Fueron apenas unos

segundos, pero los suficientes para que uno y otra confirmaran que había química entre ellos.

«Se ha puesto nervioso», percibió ella. Y ese detalle, curiosamente, contribuyó a relajar sus nervios. Entre aquellas cuatro paredes, no dejaba de ser un chico con una atractiva desconocida. A pesar de su fama, el hombre que había bajo la camisa también tenía sus inseguridades. Seguro.

—¿Mucho jaleo esta tarde? —preguntó Sofía rompiendo el hielo.

—Bastante. Ha sido un acto breve pero intenso.

—Me imagino.

—Y luego es que se acumula el cansancio. Cerramos la gira de presentaciones aquí, ¿sabes? Hemos pasado por Londres, Berlín, Roma... Anoche mismo estuvimos en París. No llevamos aquí ni doce horas.

—Ufff. Estarás agotado entonces.

—Un poco.

—Vale, pues si quieres empezamos con las fotos...

—¡Bien! ¿Cómo quieres hacerlo?

—¿Te parece un par de pie y otras dos sentado?

—Perfecto.

Mientras hablaban, la chica había dejado el *trench* sobre el sofá y el equipo sobre la mesita. Extrajo la cámara de la bolsa y comenzó a prepararla. No solía hacer fotos, pero tampoco era la primera vez. Entretanto, decidió darle conversación a Frost para que se tranquilizara. «Si no, luego no habrá manera de obtener buenas respuestas».

—¿Habías estado en Madrid antes?

—Sí, un par de veces. Es una ciudad preciosa.

La forma en la que lo dijo sonaba artificial. Lo siguiente le salió a Sofía del alma.

—¡Uy, a mí no me vengas con lugares comunes! Tú no conoces más allá de las salas de estreno de tu serie y el hotel. ¿Me equivoco? —dijo sin poder evitar un tono vacilón en sus palabras.

«Creo que mis opciones de conquista acaban de caer a cero», se lamentó ella un tanto arrepentida de su irreflexivo comentario. En cambio, si Sofía no hubiera estado midiendo la temperatura de la luz, hubiera visto que Frost la miraba fascinado. Al actor le desagradaba profundamente el tono reverencial con el que la gente solía dirigirse a él. Le hacía sentirse incómodo. Él era bastante más sencillo que todo eso. La naturalidad con la que le había hablado la chica llamó poderosamente su atención. Incluso más que su bello rostro. Por un momento, le pareció estar hablando con una amiga, y aquello era algo de mucho valor para alguien que pasaba tanto tiempo fuera de casa. La conversación fluía con facilidad.

—Pues no, no te equivocas. ¡Me has pillado! Conozco Madrid por fotos. Poco más —reconoció con una sonrisa.

—¿Ves como tenía razón? —continuó la periodista mientras le disparaba la primera ráfaga por sorpresa—. Perdona: ahora tenías una sonrisa bonita. No quería perdérmela —comentó, y le enseñó la imagen que le devolvía la pantalla de la cámara.

—¡Qué buena es esa foto! ¡Me encanta!

Sofía sonrió complacida mientras volvía a colocar el objetivo entre ambos y continuaba disparando. «¡Cómo posa! Es increíble la escuela que tiene. Lo difícil va a ser luego elegir una». El actor se colocó de perfil, con los brazos cruzados. Tenía un gesto irresistible. Ella le retrató dos veces en aquella posición.

—No te muevas. Una más.

Él seguía mirándola a través del visor y ella tocó varias veces el zoom hasta cerrar la imagen sobre sus labios. Disparó. «Esta para mí. Tendré que vaciar la tarjeta antes de devolverla. No quiero que la vean».

—Ya está, gracias. Ahora, de frente, por favor. Dime, ¿merece la pena la nueva temporada de la serie?

—¿La sigues?

—¿Quién no?

—Entonces te gustará. Hay un giro inesperado que le da la vuelta a todo.

—¿Otro actor que se va porque no le suben el sueldo? —preguntó ella divertida. Él adoptó una expresión sorprendida.

«De perdidos, al río».

—Estoy impresionado: veo que conoces bastante este mundo —confesó entre risas.

—¿Qué quieres? Llevo cuatro años entrevistando a gente de tu gremio. Al final, te enteras de cosas. ¿Te giras y me miras, por favor?

—¡Claro!

Cinco minutos después, Sofía guardaba la cámara y sacaba la grabadora. «Parece que está más relajado».

—Ahora podemos sentarnos si quieres y charlamos un rato. Te soltaré pronto para que puedas disfrutar de la cena. Lo prometo.

Pero Frost no tenía ninguna prisa. Al contrario.

—Si quieres, podemos charlar mientras cenamos. Yo invito.

Sofía se bloqueó. Aquello la pilló desprevenida. Frost se acababa de salir del guion y estaba improvisando. No sabía si era un tipo muy considerado, si se sentía atraído por ella... O si simplemente tenía hambre y no quería esperar más. En cualquier caso, Alicia recogió el guante. No habría otra oportunidad.

—Me parece una gran idea. Te lo agradezco.

—Perfecto. Vamos entonces. ¿Me permites?

El actor cogió la bolsa del equipo que había llevado Sofía. «Vaya, es un caballero». Abrió una pequeña puerta en la pared que la periodista no había distinguido hasta ese momento y ante ellos apareció otra estancia con una mesa redonda en el centro. Tenía montados dos servicios.

—Adelante, por favor —dijo él.

—Gracias.

Se sentaron a la mesa. Sofía estaba ya bastante impresionada. Cuando dejó su móvil junto a los cubiertos, acertó a ver de reojo los comentarios de sus amigas.

¿Cóóómo que Paul Frost? ¡Te odio!
¡Qué suerte!

Te cambio la vida: mañana vas tú a la clínica.

Y Lucas dando cabezazos en el sofá...
¡Qué injusticia!

«¡Qué grandes son!». Frente a ella, Paul cogió la carta sonriendo. Estaba en inglés y castellano. Aquel tipo de restaurantes tenían experiencia con clientes así. Sofía comenzó a leer las propuestas del Puerto Viejo. «Entrantes. Raviolis de solomillo con sopa de tomate y virutas de foie. 53 euros. Tartar de bacalao con lluvia de trufa. 59 euros. ¡Caray!». Los precios hacían honor a su leyenda. «Menos mal que no vamos a medias». El actor le echó un vistazo y volvió a mirar a Sofía.

—¿Qué me recomiendas?

—¿Qué comes?

Sofía llevaba los suficientes años en la profesión como para saber que los hábitos alimentarios de los famosos eran un poema.

—¡De todo! Mi madre no se separaría de mí si no comiera bien.

—Pues a los chicos con buen apetito les encanta la dorada de este sitio —dijo tirando de las recomendaciones que se hacían sobre aquel restaurante en las principales guías gastronómicas.

—Pues dorada para mí.

—Para mí también.

Paul pulsó un botón que había en su lado y apareció el camarero a tomar nota.

—Dos doradas. Perfecto. ¿Tomarán vino?

—Solo una copita de blanco, por favor. Mi avión sale a mediodía. Volar con resaca es lo peor —comentó con complicidad mirando a Sofía.

—Vale, otra para mí.

—Muy bien.

Recogió las cartas y volvió a dejarlos solos.

—¿A dónde vuelas?

—A Cardiff. Rodamos unas cuantas escenas dentro de dos días. Empezamos con la sexta temporada, ¿sabes?

«Si ruedan en Cardiff, quiere decir que el doctor Warren pide finalmente el traslado», dedujo Sofía.

—¿Y habrá séptima?

—Parece que sí. Estamos funcionando bastante bien —respondió mientras arqueaba sus voluptuosos labios para ofrecerle otra de sus sonrisas de *photocall* a la periodista.

«Dios, es hipnótico. Gana en persona».

En la serie, él era un afamado médico con una esposa perfecta, Melissa, a la que daba vida la actriz Hannah Grant. Los dos llenaban Instagram de imágenes que sus fans devoraban. Juntos y separados.

—Casi me cuesta verte sin Melissa a tu lado...

—¡Sí! Suelen *vendernos* en pack. A la gente le gusta creer que las tramas de ficción traspasan la pantalla.

—¿Y no la traspasan en este caso? Yo te veo cómodo con ella —preguntó con malicia. Se estaba relajando y empezaba a divertirse.

—Forma parte de las obligaciones que tiene el papel. No me agobio. Lo llevo bien. Ella es...

Sofía notó que le costaba encontrar el adjetivo.

—Difícil. No es mala tía, pero es compleja. Yo pensaba que haríamos piña, que podríamos ser amigos, pero... La verdad es que no pasamos de ser meros compañeros de trabajo.

El camarero les trajo el vino. Sofía se quiso morir al ver de refilón que no había tirado la ropa interior usada y que asomaba por la esquina de su bolso. Con disimulo, la empujó hacia abajo.

—¿No te agobia la gente?

—En contadas ocasiones. No creas que me reconocen tanto. Con unas gafas oscuras y una gorra suelo pasar inadvertido.

—Tú no has pasado inadvertido en tu vida —se atrevió a vacilarlo. Y le hizo reír de nuevo.

Paul notaba cómo aquello no era un encuentro entre ídolo y admiradora, sino una charla entre iguales. Entre dos personas que acababan de conocerse y se mostraban sin complejos. Le gustaba mucho la cercanía que le estaba transmitiendo Sofía.

—¿Qué sueño te queda por cumplir?

El chico se quedó pensando, pero fue incapaz de ofrecerle una respuesta.

—Mmm... Lo pienso y te lo digo luego. Pasa a la siguiente. Que sea fácil —dijo guiñándole un ojo.

—¿Vives en Los Ángeles?

—Solo cuando no puedo evitarlo —bromeó de nuevo—. Tengo casa en Malibú, pero soy de Colorado, de la zona de las Rocosas. Mi pueblo está cerca del monte Elbert. Allí es donde me quedo con mi familia cuando no estoy rodando.

Estaban empezando a encontrar puntos en común.

—Yo también soy de un pueblo entre montañas, en el Pirineo. Es pequeñito. Se llama Santa Manuela. Me escapo cada vez que puedo. Mi familia y mis amigos también están allí.

El rostro del actor mostraba unos matices que no se apreciaban en pantalla. Tenía unas pequitas que habitualmente cubría el maquillaje y que le daban un aspecto adorable. Sofía iba entrelazando preguntas de un ámbito y otro para darle cuerpo a la entrevista. Paul esperaba unas. Otras no. Cuan-

do llegó el primer brindis, él le demostró que también podía sorprenderla.

—Por las mujeres del Pirineo que vuelven locos a los hombres de Colorado —propuso levantando su copa.

«¿Ha dicho eso de verdad? ¿Ha dicho que le vuelvo loco?». Sofía dibujó una sonrisa y chocó su copa. Tal vez Paul hiciera aquello muchas veces. Seguramente tendría una chica en cada ciudad. Lo que acababa de empezar moriría con las primeras luces de la siguiente mañana, pero una cosa estaba clara: esa noche era suya y pensaba disfrutarla.

Mientras desfilaban los platos, hablaron de todo. De cómo pintaba la temporada en la NBA (por supuesto, era de los Nuggets) a política internacional, pasando por literatura.

—No me imaginaba que tenías tan buena conversación.

—Sí, suele pasarme. La gente que no me conoce piensa que soy superficial. Es una lástima, pero esa es la imagen que doy. Para muchos, los estudios de interpretación no son estudios. Y nadie ve el bagaje cultural que adquieres preparando personajes.

Estaba terminando la frase cuando los dedos de Paul buscaron la mano de Sofía y se entrelazaron con los suyos. Ella sintió una descarga en las yemas de sus dedos, pero se sumó a la maniobra sin vacilar. «Esto es un sueño».

—¿Y qué hay de ti, Sofía? ¿Tienes pareja?

—No tengo tiempo para eso. Mi periódico juega en la vanguardia del periodismo nacional. Te pasas la vida rodeada de gente que quiere tu puesto. Hay mucha rivalidad y eso te obliga a estar al ciento por ciento siempre. No queda mucho margen para citas.

—Entonces debo considerarme un afortunado.

—Desde luego.

Sofía notó cómo Paul recorría la vertical entre el escote y sus labios. Cuando sus ojos se volvieron a cruzar, supo que el momento había llegado.

—¿Puedo ofrecerte una copa en mi habitación? No sé qué hay en el minibar, pero algo encontraremos.

Ni en sus mejores sueños hubiera pensado aquella mañana que terminaría el día en la habitación de Paul Frost. Aceptó con una sonrisa. Salieron del restaurante por la puerta de atrás entre miradas cómplices. Caminaron de la mano. Sin prisa. Era tarde. No había mucha gente por la calle. Los dos sabían lo que iba a pasar y estaban viviendo la previa plenamente. Se sentían a gusto el uno con el otro. Eran conscientes de la naturaleza de aquello. Ninguno pediría más y precisamente eso les estaba haciendo acercarse, sentirse cómodos.

El primer beso llegó sin avisar. Sofía sabía que él la estaba mirando. El momento lo pedía y era absurdo seguir esperando. A la puerta del hotel, ella tiró de la hebilla de su pantalón y lo atrajo hacia sí. Cogió su rostro con las manos mientras las de él bajaban a sus caderas. La periodista intuía que llevaba bastante rato mirándole el culo, con lo que no le sorprendió que comenzara a recrearse en sus caricias y a incrementar la presión de sus dedos. Cuando empezó a sacarle la camisa, Sofía propuso subir de inmediato a la habitación.

Cruzaron el *hall* intentando recuperar el aliento. Buscaron el ascensor con rapidez. Ninguno hubiera sabido decir si los recepcionistas los habían visto.

—No pensaba que el doctor Warren fuera tan apasionado.

—El doctor Warren es muy comedido: no te haría todo lo que te voy a hacer yo esta noche.

Se volvieron a besar hasta incluso después de que el ascensor abriera sus puertas en la planta octava. Él agarró su mano con decisión y fue directo a la 803. Esperaba no cruzarse con nadie. La clandestinidad era obligada, pero le daba rollo a aquel encuentro. Metió la llave en la ranura de la puerta, giró el pomo y la miró.

—¿Estás segura?

Ella no respondió. Lo empujó dentro de la habitación.

Aquella maniobra lo volvió loco. Desató un fuego que superaba con creces al que Paul exponía al ojo público en las películas. Si hasta ese momento se habían besado con deseo, a partir de entonces las llamas lo tomaron todo. Más que desnudarse, se arrancaron la ropa entre caricias. Sus pieles hablaban el mismo idioma. Estaban en el mismo punto. Ella le mordió los labios y Paul la cogió en brazos para llevarla hasta la cama. Sofía lo miró cuando estuvo tumbado. Tenía ante sí al hombre al que tantas veces había deseado bajo su manta. Estaba desnudo, excitado, le costaba mantener la respiración. La miraba implorando un gesto que le ayudara a canalizar la electricidad que le recorría el cuerpo. A ella. La buscaba a ella. Y entonces se colocó encima. Pronto llegaron los jadeos. Ninguno de los dos pensó en los huéspedes de las habitaciones aledañas. Paul se movía con la seguridad del que desea y se siente deseado. No dejaron de mirarse. Cada cual estaba descubriendo en el rostro del otro las reacciones a sus impulsos. Ambos se buscaban con las caderas de forma desesperada. Ambos deseaban fundirse en aquella vorágine que los había unido y de la que eran incapaces de salir. Paul no dio tregua. Sofía tampoco se la pidió. Mordió y acarició hasta que ya no pudieron más y se derrumbaron exhaustos.

Estuvieron unos instantes recuperándose en silencio. Cuando se volvieron a mirar, todo había cambiado. Durante la cena se habían intuido como uno, pero en aquel momento ya lo eran.

—¿Qué ha pasado, Sofía? —dijo acariciándole la cara.

—No lo sé —respondió ella justo antes de besarle la mano.

—Todavía me tiemblan las piernas. Jamás había estado tan al límite.

Podía sonar a cumplido, pero lo cierto era que ella estaba pensando lo mismo. Había disfrutado de momentos de muy buen sexo, pero lo que acababa de ocurrir en aquella habita-

ción iba más allá. Su cuerpo no se había acoplado tan bien con el de ninguno de sus amantes.

—Sí. Yo tampoco había sentido con nadie lo que me has hecho sentir hace un momento.

El chico sonrió satisfecho y se apoyó sobre su costado derecho mirándola. Sofía descubrió que Paul tenía un cuerpo estupendo, aunque no tan perfecto como en pantalla. Él le reveló el secreto.

—Preparar algunas secuencias es una tortura: exigen entrenamiento máximo y ayuno casi absoluto en las horas previas al rodaje para poder definir bien los músculos. Es insostenible en el día a día —reconoció él mientras la abrazaba y charlaban con espontaneidad.

—No me imaginaba que eso funcionara así.

—Ya ves. Siento no cumplir tus expectativas.

—¡Al contrario! Este tipo de cosas son las que te hacen real.

Paul no se cansaba de mirarla. Acariciaba su rostro suavemente y le besaba la frente con dulzura. Le hubiera gustado congelar aquel instante. No conocía chicas como ella. Bonitas, con mucha personalidad. Que no se dejaran impresionar por su imagen pública. Que le trataran de tú a tú. En aquel momento le hubiera gustado ser un chico cualquiera de Madrid que pudiera pasarse al día siguiente a buscarla a la salida del trabajo. Y tuvo la necesidad de compartirlo con ella.

—Antes me preguntabas qué sueño me quedaba por cumplir: lo tengo. Ser uno más. Que nadie vigile mis pasos. Poder ir a cenar a cualquier sitio sin necesidad de utilizar reservados.

—Los reservados están muy bien...

—Las primeras veces. Luego son como peceras. La vida siempre queda al otro lado mientras tú la ves pasar sin poder formar parte de ella.

Sofía lo escuchaba con interés. Paul estaba acostumbrado a acaparar miradas, a destacar por su físico, pero no a que

alguien reparara en lo que decía. A que sus opiniones resultaran interesantes. Pero verla seguir su relato con atención le hizo sincerarse todavía más.

—La gente cree que siendo famoso vives cosas que nadie más puede vivir, que accedes a esferas vetadas a otros. En parte es cierto, pero, por otro lado, creo que es vivir a medias. Buscando la privacidad pierdes el contacto con el mundo. Te acostumbras a tratos especiales, transportes especiales, visitas especiales... No solo desconozco Madrid, Sofía. Al otro lado de esa ventana, aguarda un mundo que me es ajeno.

—Me encantaría enseñártelo, Paul.

—Romper la pecera juntos.

—Sí...

Paul volvió a besarla. Sus labios dejaron entrever más ansia que una hora antes. Si entonces deseaba su cuerpo, en aquel momento ya quería el alma de aquella chica.

—¡Esto sí que es una buena asistencia al fan! —exclamó ella.

—Tú no eres fan: eres seguidora de la serie, no es lo mismo.

—No hay tanta diferencia.

—Tu jefe me dijo que iba a presentarme a la mujer más maravillosa de Madrid y se quedó corto.

«¡Qué cabrón es Nacho!».

—¿Sabes? Cuando vea *Hazel Road*, buscaré en tus secuencias este lunar —dijo señalando uno que tenía sobre el pectoral izquierdo—. Y sabré que una noche fue mío. Que no he soñado todo esto.

Paul sonrió y volvió a besarla.

—Ese será tu lunar. Siempre.

Ella se durmió poco después. Él la abrazó y veló su sueño mientras le acariciaba el pelo. Parecía una locura. Habían conectado de tal forma que a Paul le parecía imposible que apenas doce horas atrás no se conocieran. Había besado a

muchas actrices guapas. La belleza no le impresionaba y, sin embargo, no podía dejar de mirarla. Le gustaban sus rasgos, pero sobre todo su forma de ser. La espontaneidad con la que le decía lo que pensaba. La inteligencia con la que disecionaba los temas. «Podría pasarme la vida escuchándote».

Se abrazó a su espalda a la desesperada, intentando retener el poco tiempo que les quedaba juntos.

«Y ahora ¿cómo me olvido de ti, Sofía?».